

do en favor suyo grandes Santos y celosos apóstoles ; dadnos la caridad de san Juan de Dios y de san Francisco Javier.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios ; y en testimonio de este amor, me repetiré á menudo estas palabras de san Ignacio : *Sea todo para mayor gloria de Dios.*

## LECCION XLIX.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(FIN DEL SIGLO XVI).

La Iglesia defendida y consolada: concilio de Trento ; san Carlos Borromeo ; santa Teresa ; Carmelitas ; la beata Ángela de Brescia ; Ursulinas ; hermanos Escolapios ; Congregacion de nuestra Señora ; religiosos Somascos ; hermanos Enfermeros de Obregon ; hermanos de la buena muerte ; san Camilo de Lelis.

Javier, al espirar, habia legado á la Iglesia un mundo casi entero de fervorosos neófitos, como si la Esposa del Hombre-Dios debiese por medio de esta magnífica compensacion consolarse de los males que la ingrata Europa le irrogaba ; con todo sentia ella la pérdida de sus hijos, porque nada es tan difícil de consolar como el corazon de una madre, y llevada de este impulso, determinó hacer el último esfuerzo para volver los pródigos á buen camino, ó por lo menos asegurar en el de la verdad á los que permanecieran fieles, fijando de una vez todas las incertidumbres, disipando todos los nublados, y deslindando marcadamente los límites de la herejía y de la fe.

Al intento, congregó el concilio último y quizás el mas sabio de los generales en la ciudad de Trento, capital del Tirol, cuyo concilio duró nada menos que diez y ocho años, en diversos períodos, pues fué abierto en 1545 y no se cerró hasta el año 1563. Contáronse en él cinco cardenales legados de la Santa Sede, tres patriarcas, treinta y tres arzobispos, doscientos treinta y cinco obispos, siete abades, siete generales de Órdenes monásticas y ciento sesenta doctores en teología. Fueron invitados á concurrir los jefes del partido protestante, que con sus errores desolaban á la Religion y ensangrentaban la Europa, pero rehusaron presentarse. Entonces la Iglesia examinó sus libros, y juzgó y condenó su doctrina, estableciendo de otra parte reglamentos muy sabios para la reforma de las costumbres públicas. Estos decretos, sin embargo, aunque recibidos en los países católicos, generalizábanse con harta lentitud, en

cuya ocasión Dios suscitó una de aquellas almas privilegiadas que solo de siglo en siglo da á su Iglesia para que sean el móvil y el sosten de todas las grandes empresas.

Carlos Borromeo, modelo de los obispos y restaurador de la disciplina eclesiástica, nació en Arona, junto á Milan, de una de las familias mas ilustres de Italia. Desde muy jóven abrazó el estado eclesiástico, y su piedad singular, su virginal pureza, su celo por el servicio de los altares y su notable capacidad para los negocios le promovieron luego á las mayores dignidades de la Iglesia. Nombrado cardenal y arzobispo de Milan, mostróse por sus virtudes y conducta digno del elevado puesto en que la Providencia le habia colocado; merced á su celo se dió fin al concilio Tridentino, y al mismo tiempo que con urgentes instancias á los obispos y á los soberanos activaba su publicacion, reunia en Milan un numeroso sínodo para recibir los decretos de la augusta asamblea. Empezando la reforma por sí mismo, á los placeres mas inocentes substituyó el trabajo mas austero y grave; dejó todos sus beneficios, se abstuvo de usar vestidos de seda, y adoptó en fin un régimen de vida lleno de privaciones. En los últimos años de su harto breve existencia llevaba la frugalidad á tal extremo, que solo se mantenía de pan, agua y algunas legumbres; su casa mas parecia seminario que palacio arzobispal; así es que toda la Italia se hacia lenguas del celo y santidad del cardenal Borromeo. Mas de una vez hizo la visita de su gran diócesis, recorriendo toda la provincia eclesiástica hasta los profundos valles de los Grisonos y de la Suiza, en cuyas excursiones apostólicas se le veía andar á pié, sufriendo hambre y sed y el rigor de la intemperie, y trepar á las montañas mas encumbradas en busca de ovejas perdidas que reconducir al redil.

Nunca empero brilló mas su caridad que en la peste de Milan; apenas se declara el terrible azote, los opulentos del siglo huyen, y algunos osan aconsejar al santo Obispo que haga lo propio, retirándose á algun lugar seguro para bien de toda la diócesis; pero su respuesta es muy lacónica: El buen pastor da la vida por sus ovejas; dicho esto, ofreciendo á Dios el holocausto de la suya, se consagra enteramente al servicio de los apestados. Su caridad no conoce límites: infatigable de dia como de noche, á todas partes lleva socorros, remedios y palabras consoladoras: sin embargo el contagio se prolonga, los recursos se agotan, y los pobres van á quedar desatendidos; no, ahí está el santo Prelado que hallará un manantial

de recursos en su caridad; primero empeñará sus bienes, despues los venderá, y venderá hasta sus muebles y su propia cama, de manera que haciéndose rico para los pobres, habiéndose empobrecido á sí mismo, podrá llevar á los enfermos remedios y alimentos que mitigarán sus dolores. Por fin, la abnegacion del Pastor templó las iras del cielo, y el azote desaparece.

Esta calamidad sirvió oportunamente al santo Arzobispo para extender y afianzar mas y mas una reforma saludable: convencido de que el provenir de la sociedad pende de la buena educacion de los niños, consumió parte de su patrimonio en fundar en la ciudad de Pavia un colegio de nobles donde los de Milan recibieran sin menoscabo de las buenas costumbres la instruccion que hace á los hombres útiles; establecimiento magnífico, llamado *Colegio Borromeo*, que durante tres siglos ha prestado beneficios singulares á la patria del ilustre fundador. Siete años despues de la peste, á los 3 de noviembre de 1584, el varon de Dios voló á recibir el premio de tantas virtudes y sacrificios, llevando consigo á la tumba el dolor de su rebaño que le queria como á un padre, el pesar de la Santa Sede que tenia en él un fuerte apoyo, y la admiracion de la Iglesia, edificada por su santidad de vida, ampliada por su celo, y verdaderamente reformada por su prudencia. ¿Qué sociedad segregada del núcleo católico produjo nunca semejantes hombres <sup>1</sup>?

Mientras el santo Carlos se empleaba en restablecer la disciplina eclesiástica, mientras celosos misioneros llevaban á bárbaras regiones la buena nueva del Evangelio, y la herejía rebosando en saña proporcionaba al cielo generosos Mártires, nuevas instituciones se organizaban en la Iglesia, la reforma se generalizaba en los claustros, y las Órdenes monásticas renacían á su prístino fervor. La principal causante de estas últimas maravillas fué la gran santa Teresa de Jesús, vírgen, reformista, alma grande, amante, celeste entre las celestes, nacida en Ávila de España el dia 28 de marzo de 1515. Oigamos á ella misma referirnos su vida.

«Era mi padre aficionado á leer buenos libros, y así los tenía de romance, para que leyesen sus hijos. Esto, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar, y ponernos en ser devotos de nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó á despertarme de edad, á mi parecer, de seis ó siete años. Ayudábame no ver en mis padres

<sup>1</sup> *Historia compendiada de la Iglesia*, pág. 410.

«favor sino para la virtud. Tenian muchas. Era mi padre hombre de «mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aun con «los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los habia gran piedad... Era de gran verdad; jamás «nadie le oyó jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi «madre tambien tenia muchas virtudes, y pasó la vida con grandes «enfermedades. Grandísima honestidad; con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasion á que ella hacia caso «della; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era «como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que «vivió: murió muy cristianamente. Éramos tres hermanas y nueve «hermanos...

«Tenia uno casi de mi edad, que era el que yo mas queria, aunque á todos tenia gran amor, y ellos á mí: juntábamonos entrambos á leer Vidas de Santos: como veia los martirios que por Dios «los Santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir á gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así... Juntábame con este mi hermano á tratar qué medio habria para esto. Concertábamolos á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá «nos descabezasen; y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan «tierna edad si viéramos algun medio, sino que el tener padres nos «parecía el mayor embarazo.» La idea de morir martirizados fermentó de tal manera en el alma de esas dos tiernas criaturas, que un dia desertaron de la casa paterna en busca de una tierra de infieles esperando encontrar entre ellos la corona del martirio. Afortunadamente los encontró al salir de la ciudad uno de sus tios, quien los devolvió á su madre. Uno y otro recibieron una buena reprimenda; pero el hermano para disculparse echó toda la culpa sobre su hermana.

Dotada de una alma generosa, Teresa tenia gran gusto en socorrer á los pobres, segun sus facultades. «Hacia limosna como podia, «dice, y podia poco.» De doce años perdió á su madre. Como comenzó á entender lo que habia perdido, afligida se fué ante una imagen de nuestra Señora y la suplicó con muchas lágrimas que fuese su madre. Esta accion, aunque hecha con sencillez, y confianza infantil, le pareció en lo sucesivo una de las mas aventajadas de su vida, de suerte que al valimiento de María atribuyó siempre las gracias sin número de que el Señor se dignó colmarla, particularmente

en la época en que se vió con riesgo de perder su inocencia y el amor á sus deberes.

Fué esta época la de su juventud, la mas critica para conservar las buenas costumbres, por haberse dado á lecturas peligrosas y á malas compañías. «Quedóme de mi madre en costumbre el leer libros de caballerías, y aquella pequeña falta que en ella ví, me comenzó á enfriar los deseos y comenzar á faltar en lo demás, y parecíame no era malo con gastar muchas horas del dia y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era «tan en extremo lo que en esto me embestia, que si no tenia libro «nuevo, no me parece tenia contento. Comencé á traer galas y á «desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y «cabellos y olores, y todas las vanidades que en esto podia tener, «que eran hartas por ser muy curiosa... Duróme mucha curiosidad de limpieza demasíada, y cosas que me parecían á mí «no eran ningun pecado muchos años: ahora veo cuán malo debia «ser...

«Tenia una hermana de mucha mas edad que yo, de cuya honestidad y bondad, que tenia mucha, desta no tomaba nada, y tomé «todo el daño de una parienta que trataba mucho en casa. Era de «tan livianos tratos, que mi madre la habia mucho procurado desviar... Á esta que digo me aficioné á tratar: con ella era mi conversación y pláticas; porque me ayudaba á todas las cosas de pasatiempo que yo queria, y aun me ponía en ellas, y daba parte de «sus conversaciones y vanidades... De tal manera me mudó esta conversación, que de natural y alma virtuosos, no me dejó casi ninguno... Vime en gran riesgo de perder la inocencia; pero felizmente «Dios me preservó por un efecto de su bondad.»

El padre de Teresa, notando que su hija no tenia la piedad de antes, y que esto procedia de su intimidad con la parienta, la puso á pension en un convento de religiosas Agustinas, donde el trato de personas virtuosas reencendió en breve en el pecho de la jóven pensionista, — contaba á la sazón quince años, — los piadosos sentimientos de su primera niñez, abriéndole el Señor los ojos sobre sus extravíos. Dócil á la gracia, cambió totalmente de conducta, y al salir del convento ya no pensó sino en consagrarse á Dios. Habiendo acudido á las religiosas Carmelitas, solicitó el favor de entrar en el número de sus novicias, y aunque este paso fué muy sensible á su corazón por el sentimiento de dejar á un padre idolatrado, la gracia

hubo de vencer á la naturaleza, y como ingresase en el convento, no tardó en tomar el velo. Visitóla Dios por medio de crueles dolencias que la afectaron gran parte de su vida; pero ella las llevaba con una resignacion y hasta con un gozo admirable, de suerte que en lo mas récio de sus males repetia esta frase de Job que le daba su- mo aliento y consuelo: *Si de la mano de Dios hemos recibido los bienes, ¿por qué no recibiremos los males* <sup>1</sup>? Á tal punto de perfeccion llegó en amar los sufrimientos, que solia decir á Dios: «Padecer, ó «morir.»

Su habitual flaqueza no la impidió consagrarse al bien del prójimo, y entre otras cosas se propuso establecer en su Orden la regla y el fervor primitivos. Fuera prolijo referir los muchos inconvenientes con que tropezó, y las contradicciones y persecuciones que sufrió para dar cima á su proyecto, pero Dios la sostuvo: el Carmelo refloreció como en sus prístinos tiempos, y la Iglesia halló y halla aun en las virtudes y preces de las religiosas Carmelitas una amplia compensacion de los muchos males y escándalos que entonces la afligian y que aun hoy día la contristan.

Entre tanto los grandes trabajos de Teresa habian minado su salud, y el día 3 de octubre de 1582 se sintió desfallecer, vaticinó su muerte y pidió los Sacramentos. Al ver delante de sí el santo Viático, pareció como que se reanimaba, pintándose el ardor de su fe en su rostro y en sus ojos inflamados, los cuales volvió hácia el Salvador mientras se ponía de hinojos para recibirle con mas respeto, y exclamó arrebatada en santa enajenacion: «¡Oh Señor y Esposo «mio! ¡llegada es, por fin, esa hora que tan ardientemente he de- «seado! ¡ya voy á alcanzar el momento de mi libertad!» Sobre las nueve de la noche pidió el sacramento de la Extremauncion, que recibió con tiernísima piedad, y hasta perder el uso de la palabra se le oyó repetir este versículo del salmo: *¡Al corazon contrito y hu- millado no lo despreciarás, oh Dios* <sup>2</sup>! Su agonía se prolongó hasta el otro día: con la cabeza reclinada en el brazo de una de sus hermanas y los ojos clavados en un Crucifijo que tenia empuñado, aguardó tranquilamente la muerte, la cual dejó coronados sus trabajos y virtudes en la noche del 6 del indicado mes y año <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Job, II, 10.

<sup>2</sup> Psalm. L.

<sup>3</sup> Godescard, 14 de octubre.

Habiendo dado á conocer la madre, bueno es que digamos algo de las hijas. Levántanse las Carmelitas á las cinco en verano y á las seis en invierno, y permanecen una hora en oracion. Lo mismo antes de cenar. Ayunan desde la exaltacion de la Santa Cruz hasta Pas- cua; no comen carne sino en caso de enfermedad, y abstiéndense de huevos y lacticios en todos los ayunos y viernes del año, ex- cepto los que median entre las dos Pascuas. Danse disciplina varias veces á la semana, y particularmente los viernes, para aumento de la fe, conservacion de la vida y de los Estados de los príncipes reinantes, y provecho de sus bienhechores, de las almas del purga- torio, de los cautivos y *de los que se hallan en pecado mortal*. ¡Véase, pues, si son inútiles al mundo las Órdenes contemplativas! ¿Quién dirá los pecadores que se han convertido y las calamidades que se han conjurado por la expiacion voluntaria de estas víctimas inocentes?—El traje de las Carmelitas consiste en sayal y escapu- lario pardos; su lecho en simples jergones sobre cuatro tablas, su calzado en sandalias-alpargatas y calcetines de buriel como el vestido <sup>1</sup>.

Santa Teresa tuvo el consuelo de ver en vida diez y seis conventos de monjas y catorce de frailes agregarse á su austero instituto, el cual poco despues se propagó por toda la cristiandad. Esta reforma admirable, llevada á cabo contra toda prevision humana en un siglo que veia consumarse tremendos pecados, es, volvemos á decirlo, una patente prueba de la verdad bien sabida de que la Pro- videncia nunca deja sin contrapeso las iniquidades que se cometen.

La pureza de costumbres, el fervor y la piedad, restablecidos entre el Clero y las Órdenes monásticas, derramáronse desde ellas cual fecundo manantial sobre todos los fieles, y la faz de la tierra quedó renovada. Para conseguir este glorioso triunfo, que echando por tierra la herejía, el cisma y el escándalo, acreditaba la santidad perenne de la Iglesia católica, Dios puso en obra todos los recursos de su providencia: en la cátedra pontificia coloca un gran Santo, cual Pedro firme, cual León ilustrado, cual Gregorio celoso, y cuyo solo nombre constituye todo su elogio: este hombre ilustre se llama san Pio V: eminentes obispos resplandecen en las sillas de Francia, Ale- mania, España é Italia, y entre otros hay en Ginebra Francisco de Sales; mas de cincuenta Órdenes y congregaciones se organizan ó

<sup>1</sup> Helyot, t. I, pág. 358.

reforman, unas dirigidas á propagar la verdad entre los pueblos, y conservar en ellos la fe, ó volvérsela disipando sus errores; otras encaminadas á reparar los estragos resultantes de los delitos públicos, aligerar los padecimientos del hombre, y convencer á la herejía de que si ella puede acarrear azotes al mundo, solo la Iglesia católica tiene facultad de curar sus efectos.

Entre las Órdenes destinadas á conservar y difundir la verdad, vemos en primera línea la de los *Teatinos*, fundada por el papa Paulo IV<sup>1</sup>; la de los *Bernabitas*, planteada por tres caballeros italianos<sup>2</sup>; los *Padres de la Doctrina cristiana*, cuyo instituto debe la Iglesia al venerable César de Bus<sup>3</sup>, y otras muchas que no mencionamos. Obligados á ceñirnos á corto espacio, no daremos á conocer mas que dos, las mas célebres y extendidas, á saber, las *Ursulinas* y los *Pobres de la Madre de Dios*.

Deben las *Ursulinas* su origen á la beata Ángela de Brescia que fundó este instituto en 1537. Conocida con este sobrenombre por la residencia que hizo en la ciudad de Brescia, esta fundadora vió la primera luz en Italia. Huérfana en edad temprana, y virtuosa tan pronto como huérfana, pasó con otra hermana á cargo de un tío, el cual procuró darlas buena educacion. Aunque niñas ambas, cifraban sus delicias en las prácticas de devocion, no las ordinarias y acostumbradas, sino arduas y fervorosas; por ejemplo, á la noche se levantaban para hacer oracion, despues de tomar un breve descanso sobre el duro suelo ó sobre algunas tablas, y ayunaban con frecuencia. Ansiando vivir solo con Dios, huyeron un dia de casa para retirarse á una ermita; pero su tío las alcanzó y se las trajo otra vez. Ángela, que era la menor, no hallaba consuelo sino en su hermana, pero Dios se la quitó; pérdida tanto mas sensible cuanto miraba en aquella su único apoyo y guia para seguir el camino de la virtud. Como buena cristiana, aunque penetrada de intenso dolor, sufrió esta separacion con admirable conformidad, y viéndose ya sola en el mundo puso toda su esperanza en el Dios de los huérfanos, no perdonando medio para atraerse su amor. Sólida ya en la virtud por medio de oraciones, ayunos y otras austeridades, á los veinte y seis años recibió de Dios la inspiracion de hacerse útil al prójimo

<sup>1</sup> Helyot, pág. 83.

<sup>2</sup> Ibid. pág. 106.

<sup>3</sup> Ibid. pág. 347.

fundando una congregacion religiosa; precisamente en el tiempo en que la herejía protestante arruinaba monasterios, condenaba la virginidad, y pisoteaba los votos mas solemnes. Felizmente Dios velaba por su Iglesia; y aquí podemos admirar cuánta prevision tuvo en aplicar al mal su debido correctivo. Hémosle visto en diferentes siglos establecer Órdenes religiosas, casas de retiro y penitencia, y asilos seguros contra la corrupcion, que aprovechaban al que ingresaba en ellos; pero hay muchas personas que no pueden ó no quieren dejar el mundo, y de consiguiente era necesario salvar muchas almas en medio de los percances mismos de la vida secular, ir, por decirlo así, á buscar á los pecadores en sus propias casas para forzarles á abrir sus ojos á la luz, é ir en su seguimiento para restituirles al buen camino.

La bienaventurada Ángela comprendió, ó mejor, Dios le hizo comprender esta necesidad, y en consecuencia dispuso que sus hijas permanecieran en el siglo, cada cual en la casa paterna, al objeto de difundir mas fácilmente el buen olor de la gracia y de la doctrina cristiana, y ser útiles á toda clase de personas mediante el ejemplo de sus virtudes. Su tarea principal debia ser consolar á los afligidos é instruirles, socorrer á los pobres, frecuentar los hospitales, asistir á los enfermos, y prestarse humildemente á todos los trabajos que la caridad demandara. Estos trabajos debian en otro concepto encaminarse particularmente á la conversion y salud espiritual de todos los hombres, haciéndose todas ellas, á pesar de ser algunas de noble alcurnia, esclavas de los demás, á semejanza del Apóstol, para conquistar el mayor número de almas. Así es que en todos los pueblos donde estas religiosas se establecieron, vióse pronto renacer el espíritu de los primeros cristianos, no solo en socorrer á los pobres, sino en instruir á los ignorantes.

Por una prevision que acompaña siempre á la sabiduría del cielo, Ángela dispuso que segun fueran las circunstancias, pudiera cambiarse el régimen de vida establecido, y en efecto, cuando las circunstancias fueron otras, la mayor parte de esas virgenes misioneras se reunieron en congregaciones y escogieron la soledad del claustro para encerrarse en él durante su vida. Una prueba patente de la utilidad de esta Órden y de la proteccion que la dispensaba el cielo, es que se propagó con asombrosa rapidez, habiendo dado origen á mas de trescientas cincuenta comunidades que en el día se dedican en general á la enseñanza de niñas de toda jerarquía. Todo en ellas exha-